

Mi vida como una zarigüeya

«Solo necesitas un sitio para dormir y el alimento básico. Deja el consumismo», dice Dolly Freed, autora del manual de supervivencia *Vida de zarigüeyas*.

TEXTO JOSÉ ÁNGEL GONZÁLEZ
FOTOGRAFÍA ALPHA DECAY

Quizá aumentasen las probabilidades de cambio si alguien se dedicara a introducir *Vida de zarigüeyas* en las mochilas de los adolescentes. El título del libro, publicado por primera vez en español hace unos días por la editorial Alpha Decay [224 páginas, 21 euros], no es tan contundente como el subtítulo: *Cómo vivir bien sin empleo y (casi) sin dinero*. Lo escribió una muchacha de 17 años en 1978, hace más de tres décadas, pero cuando lo abres las páginas siguen oliendo a dinamita.

La autora firma con el seudónimo Dolly Freed. Aunque permite las fotos, no quiere revelar su verdadera identidad («llevo una vida simple y no necesito fama»). Vive en un pueblo de 8.000 habitantes a las afueras de Houston-Texas (EE UU) y habla con *el mensual de 20 minutos* por Skype, artilugio técnico que usa por primera vez en su vida tras la intervención de David, uno de sus dos hijos, que le ayuda a configurar la cuenta. **¿Ninguno de sus amigos sabe que usted escribió *Vida de zarigüeyas*?**

Algunos sí, otros no. A muchos de ellos se lo he dicho porque estaban interesados en la jardinería y empezaron a criar gallinas como yo, aunque está tajantemente prohibido por la leyes de la ciudad. Además, soy del Club de Mujeres y en una ocasión hablé del libro. ¡Pensaron que era sobre la cría de zarigüeyas!

Es difícil imaginarla en el Club de Mujeres...

Yo tampoco lo hubiera imaginado cuando era joven. Nos reunimos de vez en cuando y debo decir que no está mal, somos como las antropólogas de la comunidad, no hacemos presentaciones de maquillaje ni nada por el estilo. He sido presidenta y ahora, aunque no lo parezca por mi dominio de Skype, soy la encargada de las comunicaciones electrónicas.

La sonrisa casi en *loop* y la fosforescencia azul pálido de sus pupilas son las mismas de las fotos de sus cinco años de vida salvaje, cuando en compañía de su padre inició el *possum*, como ella dice, con-

virtiendo en verbo (*zarigüeyear*) una opción radical de «vida diogenista» en una casa con terrenito a las afueras de Filadelfia. ¿Lema? «Es más fácil aprender a arreglárselas sin algunas de las cosas que se pueden comprar con dinero que ganar dinero para comprarlas». La elección tótemica no es arbitraria. La zarigüeya, un marsupial que puebla casi todo el continente americano, es una superviviente nata: vive en cualquier lugar.

«¿Necesario para ser feliz?: Agua, comida, un techo, salud, seguridad y libertad»

La muchacha-zarigüeya rompió casi todas las cadenas: dejó de ir al instituto, aprendió a cultivar una huerta, crió conejos y gallinas para alimentarse tras darles una muerte «rápida e indolora» («una pistola del calibre 22 cuesta solo 2 dólares»), cazó tortugas, destiló vodka, preparó ahumados y salazones, recogió en invierno crisálidas de mantis religiosa para que los insectos fueran aliados en el combate contra las plagas...

Lo contó todo, con humor y una gracia literaria con ecos de Mark Twain, en un libro que se convirtió en una obra de culto para la subversión contra el sistema de la dominación material: «¿Cosas verdaderamente necesarias para ser feliz? Agua, comida, un techo, salud, seguridad y libertad: eso es todo. Lo demás es una cuestión mental. Lo material por lo material no va a proporcionarte la felicidad».

¿Qué es lo primero que le viene a la mente cuando recuerda sus años de zarigüeya?

Era la reina del mundo. Tenía mucho tiempo libre, aprendía cosas nuevas e interesantes, tenía control sobre mi vida, me divertía...

Adivino cierta tristeza en su respuesta...

Echo de menos no ser tan optimista. Puede ser que mi añoranza suene a tristeza, pero me siento feliz y satisfecha de haber tenido aquella oportunidad de leer, explorar, pensar, escribir, cultivar mis alimentos... Fue como un fantástico regalo.

¿Por qué es menos optimista?

Soy mayor, simplemente, he perdido a personas cercanas, he visto enfermedades inesperadas y accidentes... El principio de la frugalidad y de que no son neces-



CULTIVANDO LA HUERTA. Durante cinco años, la adolescente Dolly Freed vivió con el equivalente actual a 165 dólares al mes. La foto es de la época que narra en el libro.

